

El Liberal Dinástico

DIARIO DE LA NOCHE

Dirección y Administración, Plaza de Cetina, 3.-Entresuelo.-Precio de suscripción dentro y fuera de Murcia, al mes, UNA PESETA.



EL MAESTRO DE ESCUELA

Daba pena verle el día siguiente de haber enterrado a su esposa.

El pobre maestro había compartido treinta años su vida con aquella mujer tan buena, tan sencilla y que tanto le quería.

Habían envejecido alegremente uno al lado del otro, soportando juntos la estrechez de aquella vida miserable y de pronto una enfermedad terrible de rápido y fatal desenlace la había llevado a la tumba, el único sosten de su vejez decrepita; se había quedado solo.

A duras penas el médico del pueblo pudo apartarle del lecho donde había espirado la esposa; llevándole consigo.

El golpe había sido tan rudo e inesperado, que al fin se dejó llevar como un autómata; lanzando gritos lastimosos; pudo el médico detenerle unos días.

A toda costa quería ver el cadáver adorado y conducirlo a la última morada.

—Cuando ya no ha muerto—clamaba—dejadme, dejadme que la vea por última vez; no teman, tengo fuerzas, tengo fuerzas... y el viejo caía postrado; apretándose el corazón que se le saltaba y tapándose los ojos secos, que no podían llorar tanto dolor.

La escuela del pueblo estaba en la parte alta, dominando, sombreada de vetusta alameda, a cuya sombra jugaban los chicos las mañanas primaverales.

El sol espléndido aquel día derramaba su luz bendita, difundiendo nueva vida en los brotes frescos de los árboles y los tallos naciente de las plantas.

La turbamula de la chiquería se aglomeraba a la puerta de la escuela, aguardando que se abriese; pero no como otros días, chillona y jugueteando, sino silenciosa, grave, mirando recelosamente a la puerta cerrada,

con el pavor mezclado de curiosidad que infunde la muerte a los niños.

La muerte ya no estaba dentro; hacía dos semanas que ocurrió la desgracia y aquel día era el primero que volvían a la escuela.

Los más valientes se atrevieron a empujarse por la ventana y mirar al interior; todo estaba igual; los bancos alibados ante las mesas largas, mugrientas y manchadas de tinta; el estrado en el fondo, la mesa del maestro encima; el sillón vacío detrás, con sus brazos abiertos, como aguardando, y encima colgado bajo dosel rojo, un Santo Cristo con enaguillas de seda bordadas por la mujer del maestro; veían las mismas paredes blancas con los carteles afianzados, los cuatro encardados como ventanales negros y los mapas colocados más altos; todo estaba en su sitio; pero aquellos atrevidos bajaron presto de las ventanas porque algo como una atmósfera polvorienta y triste les pareció que envolvía la escuela.

Cuando creían que la puerta iba a abrirse vieron subir al maestro la empinada calle, apoyado en un bastón y andando pensosamente; traía la llave en la mano y avanzó con los ojos bajos hacia la escuela, los niños se replegaron desabriendose; aglomerándose entre sí, muy serios, mirando con ojos muy abiertos al pobre hombre.

Ocupó su butaca; los chicos fueron entrando, silenciosos, casi de puntillas; mirándose los unos a los otros, como esperando la señal de algo convenido; por fin adelantó uno y se agitó de otros dos, acercóse al estrado; subió el tramo y empezó a pronunciar algunas palabras.

—Sin duda el pesame que su madre le hizo aprender de memoria; pero el maestro no le dejó concluir; lo cogió en brazos y se abrazó a él besándole; después poniéndose en pie, descubierta como en las ocasiones solemnes, exclamó con voz entrecortada por las lágrimas: «Gracias, hijos míos; ha muerto, sí, pobrecillos; ya estoy aquí solito, ya estoy aquí solito con vosotros, que también me quereis, porque sois muy buenos».

No supo seguir. «Ahora, a trabajar», concluyó. Y sentándose sumió la ca-

beza entre las manos. Rezaron la oración de entrada, sacaron sus planas y ningún día trabajaron con más fe y en tal silencio; si levantaban la vista veían al triste y bondadoso rostro del maestro, pálido, demacrado, con sus cabellos blancos en desorden, evocando la imagen de la muerte.

¡Cuántas veces la creyeron ver entrar por la puerta del fondo, saliendo de las habitaciones—y acercarse al maestro, como ella solía; hablarle en voz baja un rato, y salir otra sigilosamente, después de mirarle bondadosamente e interrogar a alguno sobre asuntos caseros! ¡Cuántas veces el pobre viejo volvió la cabeza a aquella puerta que no se abría!

Fue una mañana triste; los niños instructores, formaban después los ruidos debajo de los carteles, de los mapas y de los encardados preguntando y contestando en voz baja, casi imperceptible; como temiesen despertar a alguno que durmiese.

El maestro no intervino en nada, varias veces quiso levantarse, pero no pudo; siguió sumido en sus recuerdos mirando a sus niños tan aplicados. Así pasó la mañana, se oyeron las doce.—Podéis marcharos, hijos míos,—les dijo el maestro. La escuela quedó sola, y él clavado en su asiento.

Para él no había llegado la hora; a él no le avisaban; la puerta del fondo no se abría como otros días, no entraba aquella viejecita sonriente a decirle que la comida esperaba; a humear en sus carteras los adelantos de los niños, a pasar revista a los encardados y a ayudarlo a contar las fallas de los discípulos holgazanes.

Miraba a la puerta y no se abría; pasaba el tiempo, pero él seguía esperando una ilusión imposible, con la cabeza entre las manos.

Un chico se acercó temblando, le miró de cerca, y todos salieron desparatados, como golondrina asustadas dando gritos.

El maestro de escuela estaba muerto. JOSÉ BRISSA.

Sección amena.

LOS DOS PADRES

(TRADUCCION DEL ITALIANO.)

Padres los dos felices algún día de dos hermosas vírgenes, al cielo plugo arrancarlas del humano suelo que tan sublime don no merecía.

Guarda a la tuya austera cejosa, candado eterno, religioso velo, y a la antorcha nupcial ¡ay desconsuelo!

Tú al menos de su voz tierna y piadosa el son puedes oír cabe el sagrado inaccesible muro que la escoroda;

Yo al frío marmol do mi bien reposa corro en amargas lágrimas bañado; llame, torno a llamar... ¡Nadie responde!

M. BRÉTÓN DE LOS HERREROS.

ANÉCDOTAS

Hallábanse en un mismo cuarto dos gallegos haciendo vida común de compañeros de fatigas.

Uno de ellos se encontraban falta de dinero; y aunque creía prudente pedirlo a su compañero, no obstante, la repugnaba; aprovechando la ocasión de estar acostados, le habló así:

—Pericu?
—Hombre, ¿qué quieres?—le contestaba el otro.
—Te quiero más que a mi padre y a mi madre.
—Bueno, hombre, déjame dormir. De allí a poco volvía:
—Pericu?
—Hombre, ¿qué quieres?
—Te quiero más que a toda mi familia.
—Bueno, hombre, déjame dormir. Por fin se determinó a pedirle el duero.
—Pericu?
—Hombre, ¿qué quieres?
—Préstame un duro.
—Dorme.
—¿Qué hablas?
—Es que estoy sonando.

FUGA DE VOCALES
s. M. t. l. d. m. y b. h. t.
d. f. g. r. s. n. g. l.
d. c. n. r. d. l. g. d. t.
y. d. l. b. s. d. c. r. l.
R. O. R.

La solución en el número próximo.

SOLUCIONES EN EL HUESO

A la cuestión aritmética

2	5	6	7	4
6	7	4	2	5
4	2	5	6	7
5	6	7	4	2
7	4	2	5	6

A la charada-devanadera

PA	PA
NA	TAS

NOTA.—A los que manden las soluciones de la «Sección festiva», se le publicarán los nombres.

FEBRERO

Cuarto meng. el 5.—Luna nueva el 18
Sale el sol 7 h. 5.—Pónese 5 h. 24

7

VIERNES

38 Stos Romualdo ab. Ricardo 328
rey Angulo ob. y Nivardo cf.

MISCELÁNEAS

—¿Qué hace ese hombre con esa capa y ese cuchillo?
—Está partiéndola con un pobre.

Una anécdota de Rossini:
Fue a ver a Rossini un sobrino de Meyerbeer, poco tiempo después de morir éste, con objeto de hacerle oír una marcha fúnebre que había compuesto a la memoria de su tío.
—¿Qué le parece a V., maestro?—preguntó el sobrino después de tocar al piano la marcha.
—Bien—contestó—Rossini—pero, créame V.; hubiera sido mejor que se hubiese muerto V. y que su señor tío hubiera escrito la marcha fúnebre.

444 AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA

como continuaba sirviendo al señor siciliano; sin duda que él, a pesar de todo esto, hacia su agosto.

Contaba a Fabricio, a quien veía algunas veces, mis inauditas proezas económicas; pero le hallaba más propenso a vituperar mi conducta que a aprobarla. Quiera Dios, me dijo un día, que al cabo y al postre sea bien recompensado tu desinterés; pero, hablando aquí para los dos, creo que saldrías más bien librado sino te estrellases tanto con el repostero. —Pues qué le respondi, este ladrón ha de tener la osadía de poner en la cuenta del gasto diez doblones por un pescado que no costó más que cuatro? —Y quieres tú que yo pase esta partida? —Y por qué no? replicó serenamente; que te dé la mitad del aumento, y hará las cosas en forma.

A fe mía, amigo, continuó meneando la cabeza, que no te sabes gobernar. Tú, a la verdad, echas a perder las cosas; y tienes traza de servir mucho tiempo; pues no te chupas el dedo teniendo en la miel. Has de saber que la fortuna es semejante a aquellas damiselas vivas y veleidosas a quienes no pueden sujetar los galanes tímidos. Reíme de las expresiones de Núñez, que por su parte hizo otro tanto, y quiso persuadirme que aquello había sido solo una chanza; se avergonzaba de haberme dado inútilmente un mal consejo. Continué siempre en el firme propósito de ser fiel y celoso, atreviéndome a asegurar que en cuatro meses con mi economía ahorré a mi amo por lo menos tres mil ducados.

EL LIBERAL DINASTICO 441

de las provisiones que se compraban para el gasto de la casa: que el napolitano mantenía a una dama que vivía enfrente del colegio de Santo Tomás; y el mesinés a otra en la Puerta del Sol; que estos dos caballeros hacían llevar todas las mañanas a casa de sus niñas toda especie de provisiones: que el cocinero por su parte regalaba muy buenos platos a una viuda que conocía en la vecindad; y que en agradecimiento de los servicios que hacía a los otros criados, disponían de ellos como de los vinos del depósito.

Finalmente, que estos tres criados eran la causa del gasto tan enorme que se hacía en casa del señor conde. Si usted no me cree, añadió el marmitón, tómese el trabajo de estar mañana por la mañana a eso de las siete cerca del colegio de Santo Tomás, me verá cargado con un esportón que le hará ver que no miento. Según eso, le dije, ¿eres el marmitón de esos galanes proveedores? Yo soy, respondió, el que sirve al repostero, y uno de mis camaradas hace los recados del mayordomo.

Esta noticia me pareció digna de averiguarse. El día siguiente tuve la curiosidad de ir cerca del colegio de Santo Tomás, a la hora señalada. No tuve que aguardar mucho a mi espía, pues bien pronto le vi llegar con un esportón lleno de carne, aves y caza. Conté las piezas y las anoté en mi libro de memoria, que fui a mostrar al amo, después de haber dicho al marmitón que cumpliera como de ordinario su encargo.

El señor siciliano, que era de un carácter muy vivo, quiso en el primer impulso despedir al napolitano y al mesinés, pero después de hacerlo pensado, se contentó con despedir al último, cuya plaza recayó en mí; por lo que mi empleo

